



COMEDOR DE LA ADUANA DE CIUDAD JUÁREZ, DONDE TUVO LUGAR EL BANQUETE OFRECIDO POR EL SR. PRESIDENTE DE MÉXICO AL SR. PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS.

## La visita del señor Presidente

### El Ejército Nacional

En esta época, fecunda de supremas ansias para alcanzar el mayor grado de perfección en todas las cosas; cuando podemos asistir á ese momento verdaderamente hermoso en que todas las inteligencias sienten el noble deseo de contribuir al adelanto de la Humanidad; en estos instantes en los cuales la presente generación parece despertar de un sueño prolongado y esperezándose, siente que se agita en ella algo así como un anhelo inusitado é irresistible de dar su contingente para un fin común, nada tiene de extraño que hasta las pequeñas inteligencias, alejando sus justos temores á la censura, dén al conjunto de intelectuales el humilde producto de su observación. Hé aquí lo que me justifica.

Sentimos todavía los Chihuahuenses (yo lo soy de corazón) el emocionante orgullo por la visita del egregio Jefe de la República; está latente el general entusiasmo visible aquellos días en que todas las clases sociales pudieron comprobar que en este girón del país, en donde se ama el progreso y en el que las luchas tienen verificativo en los Talleres y en la Escuela, se admira y rinde

pleito homenaje á quien con mucha razón se designa con el nombre de Héroe de la Paz. Por una feliz coincidencia se marcaron en Chihuahua, en una centuria, tres fechas, tres hechos que son otras tantas epopéyas que fulguran en el límpido Cielo de nuestra Historia con las cintilaciones de lo inconmensurable, de lo infinitamente grande, de lo riosamente bello. . . . . La última es el 14 de Octubre; ya veremos por qué.

Primero, Hidalgo riega con su sangre bendita este suelo, lo fecunda, y brota esplendente la planta de la libertad; á los párias, á los oprimidos, á los huérfanos de patria, se las dá; les enseñó cómo debe quererle, mostrándoles en el patíbulo lo poco en que debemos apreciar la vida cuando de la Patria se trata. Hé aquí al Supremo Maestro, á su vez, verdadero discípulo y digno émulo de Cristo.

De Hidalgo, de ese Apóstol para el que se agotan las frases del idioma de Cervantes al encomiar sus virtudes, guardó sus restos venerandos esta tierra; por eso se aspira aquí un ambiente de libertad.

Juárez, el irreprochable; el de con-

ciencia inmaculada; la encarnación del incomparable Cuauhtémoc, comulgando con el ideal del Padre de la Patria, nos dió nueva libertad cuando ésta agonizaba, cuando ese precioso dón del hombre parecía alejarse para siempre y se veían en lontananza las cadenas de la esclavitud, la pérdida de los derechos de ciudadano, la mutilación de las alas de la idea, el sopro venenoso extinguendo la antorcha del pensamiento. Entónces el Titán, el incorruptible, el de propósito inquebrantable, puso su último baluarte grabando en diamante el segundo triunfo de nuestra vida entre las naciones libres, en la ciudad de su nombre que integra esta Entidad: su ejemplo de patriotismo, abnegación y firmeza sirve de faro á los chihuahuenses y marca la segunda memorable fecha que hace de Chihuahua un lugar célebre desde el punto de vista histórico.

Porfirio Díaz debía integrar la trinidad de prohombres que se destacan en el cuadro de benefactores de México, hasta ponerlo á la envidiable altura en que se encuentra. ¡Habría necesidad de mencionar los inenarrables sacrificios, perseverancia, patriotismo, valor y nobleza por él empleados para afirmar nuestra admiración, nuestro cariño y satisfacción de contar con un gobernante que alaban los Jefes de Estado en Europa, y cuya fama llega á los confines del Extremo Oriente? Es inútil; cada hijo de México, cualquiera que sea su credo político, acepta, sin discutir, la grandeza, los hechos gloriosos y las múltiples cualidades del gobernante cuyo nombre pronunciamos con esa entonación de cariño y profundo respeto que empleamos al hablar de nuestros padres en el hogar. Porfirio Díaz está en nuestro ser, hablamos de él como de cosa propia, que nos autoriza una gran satisfac-

ción; como si al pronunciar su nombre de esa manera lacónica que se hace, quisiéramos que llevara consigo esta frase: "Porfirio Díaz es el orgullo de toda una nación y desean tenerlo otros no pocos países; no hay muchos Porfirio Díaz en el Universo; poseemos algo muy grande que no tienen los demás."

¡Con cuanta razón llenó de entusiasmo al país en general la noticia de una entrevista entre nuestro Primer Magistrado y el distinguido Presidente señor Taft!

Lo trascendental, lo importante de este solemne acto, no es fácil apreciarlo en este momento, por más que se vea desde luego en ello una buena inteligencia entre ambos, basada en el deseo de estrechar las relaciones de los dos países. Después, cuando el nuestro reciba nuevos capitales, nuevas grandiosas empresas, que aumenten las rentas del Tesoro; cuando nuestros no explotados productos encuentren un mercado que consuma las variadas é inagotables riquezas que guarda nuestro pródigo suelo; entonces, entonces será cuando el pueblo en general prorrumpa en entusiastas vítores por un paso más, lleno de diplomacia de nuestro sabio gobernante, agregado á la crecida lista de los hechos que forman su brillante vida pública.

La entrevista, como todo lo que el señor General Díaz lleva á cabo, fué un éxito; así opinan unánimemente propios y extraños, predominando, dicen todos, el detalle de la actitud refinadamente diplomática de nuestro Presidente, adornada además con la corrección oficial y particular que le son características.

Por eso el 16 de Octubre de 1909 constituye la tercera de las fechas nimbadas, radiantes, espléndidas que sirvieron de marco con fulguraciones de oro, á la virgen fronteriza; á la región cuya peana está formada de metales preciosos y le sir-

ven de alfombra la esmeralda de los campos cultivados; la próspera agricultura.

En ella, en la Perla del Norte, el Astro Rey derrama sus vivificantes rayos sobre los templos del trabajo, sobre los santuarios del pensamiento, y se destaca la espléndida princesa en un fondo de nubes que le forman las chimeneas de los múltiples talleres, cuyo humo, esfumándose, se pierde en el infinito, como un gigantesco incensario al Supremo Hacedor; como un himno unido á una plegaria que envía el artesano á Dios.....!

La visita del señor General Díaz no sólo tiene importancia por el hecho de que se dignó honrarnos, no; la tiene y mucha, porque fué una oportunidad para que todos presenciáramos la explosión de cariñosa gratitud hácia el hombre á quien se deben los progresos que se tienen á la vista y uno muy importante: nuestro prestigio fuera del país. Tiene suma importancia, además, porque él, el señor Presidente, pudo apreciar que en cada Chihuahuense tiene un admirador agradecido y que los latidos de sus honrados corazones son otras tantas protestas de lealtad y de votos por la conservación de su existencia.

Echó la simiente de la Paz y ahora cosecha apretadas espigas de moralidad, trabajo, nobles ambiciones y tranquilidad en los hogares, que como un perfume llegaron hasta él, llenándole sin duda de justo entusiasmo, como que ve consumado su ideal: el bienestar del pueblo.

Esta tierra que él en tiempos pasados, cuando ponía los cimientos de su colosal obra de progreso y de paz, vió desierta y árida, con sus irrupciones de bárbaros, su falta de comunicación y por todo ello su natural atraso; la contempló hoy próspera, floreciente, con sus centenares de empresas, con ese sello de

actividad que es de notarse en los lugares en que cada ciudadano se ha dado cuenta de su misión en la tierra: el trabajo y el honrado deseo de ver á gran altura el pueblo en que radican sus más caras afecciones. Tan notable cambio ha de haberle causado honda impresión; es su obra, es el resultado de su gestión administrativa; es el producto de su excepcional tino para gobernar; es, en resumen, el trazado del camino que han de seguir los que como él quieran perpetuar su nombre, dedicando todas las raras energías de su vida y el tesoro de su experiencia al bien común, sin que remotamente se distinga la conveniencia propia.

El actual Gobernador ha coronado la obra; muy conocido en el mundo científico el señor Creel, ha demostrado en esta vez que su talento notable, como Gobernante, está á la altura de todos aquellos que quisieron dejar su nombre escrito en la historia de Chihuahua, en la lista de los que trabajaron asiduamente por su engrandecimiento y él lo ha hecho así, puesto que el señor General Díaz, en muy significativas palabras, encomió su gestión al frente de los destinos de éste para mí tan querido Estado.

Chihuahua está satisfecha y puede estar orgullosa: tuvo en su seno al padre de la Patria, de aquí partió para el Cielo de la inmortalidad; fué el altar en que dió su vida en holocausto á la libertad. Más tarde guardó al invicto Juárez, en cuyo pecho estuvieron depositados, como en una urna sagrada, los principios republicanos y nuestras instituciones, y ¿ahora? ahora recibió en sus brazos cariñosos al genio que hizo efectivos, con su gran talento y energía, los ideales de aquellos dos Apóstoles, de aquellos dos videntes, de aquellos verdaderos Cristos de la libertad.....!

El Ejército del cual una brigada acompañó al señor General Díaz á la reciente entrevista, llamó la atención de nuestros vecinos del Norte: es por ello por lo que parece oportuno dar algunos detalles de su historia, acentuándolos desde la fecha que recibió el impulso poderoso del actual Jefe de la Nación.

Si se arma el Médico del arsenal de sus conocimientos para luchar contra las bacterias en defensa de la salud y por lo mismo de la conservación; si se arma el Abogado de la Ciencia del Derecho para luchar contra los errores que muchos de los hombres juzgan justos y logran aquellos que al fin se vea brillar la luz de la Justicia; necesario era también que se armara, en la acepción de la palabra, un grupo de individuos para defender nuestras instituciones y el pedazo de tierra que plugo al destino darnos como legítima propiedad y que guardamos como el más preciado tesoro. A un grupo igual, en remotos tiempos y en otros países, se le clasificó con el nombre de Ejército. Al hablar de la historia del nuestro, mi compañero el Teniente Jesús M. Medina, dice en un bien escrito artículo: "Es prodigiosa la Historia del Ejército Mexicano. Nació en Dolores el 16 de Septiembre de 1810. Fueron sus padres el patriotismo y la abnegación. Se bautizó con sangre y lo apadrinó la gloria. Fué su primera Escuela, el campo de batalla; sus primeras letras se grabaron con fuego y plomo en las murallas de Granaditas y celebró la victoria en el Monte de las Cruces. Lo educó la libertad y por eso ha tenido vida propia. En una noche solemne, lo bendijo un anciano . . . . . Hidalgo! que fué su primer caudillo. No pudiendo fabricar armas, se las quitó al enemigo, y sus primeros festines los celebró con el botín arrebatado á los vencidos. El valor, le enseñó

la táctica y en los peligros aprendió á triunfar. Su grandeza se la debe á su propio esfuerzo. Supo hacer la Independencia de la Patria; sembró laureles en Cuautla; deificó niños soldados en Chapultepec; se batió con honra contra los soldados Anglo-sajones, derribó un trono, fortaleció la República y estableció la Paz." . . . . .

Propiamente, el ejército nació con nuestra emancipación política. El principio de su organización regular, fuera de la fantasía que despierta lo grandioso, y dentro del frío análisis de la historia; su formación, como el principio de todas las cosas, está llena de defectos, pues nunca se ha logrado al primer intento la perfección. Nuestro Ejército pues, no tuvo la cualidad de ser original, es decir, no se tuvo desde luego una ley que determinara exactamente cómo había de organizarse, y por eso al entrar triunfante á México un grupo de Cuerpos, se les denominó: "Ejército Trigarante," constituyéndolo los restos de los elementos españoles y las huestes gloriosas de nuestros inmortales Insurgentes, quedando vivas las ordenanzas de aquellos.

Pasan los años y grado á grado alcanzó conocimiento, y tuvo su apogeo en la época luctuosa de Santa Ana; pero las dificultades intestinas y los frecuentes cambios de gobierno, si bien hicieron á las fuerzas practicar el combate, impidieron que progresara en su organización, en su vestuario y en la parte más importante, su ilustración, pues no podían aquellos efímeros gobiernos atender á la intelectualidad. Claro que llevó á cabo triunfos, heroísmos y grabó fechas de oro en nuestra Historia; pero esos hechos gloriosos se debieron al patriotismo, al valor innato de los descendientes del último Emperador Azteca; y si intermitentemente fulguraron astros de primera magni-

tud por su saber, no fueron la mayoría. Llegó el momento de las epopeyas, el peligro y la salvación de nuestras libertades, y la figura titánica del General Díaz comenzó á ponerse de relieve. Por sus superiores, lo mismo que por sus subalternos, circuló su fama; se distinguió al fin y el sufragio lo llevó á la Primera Magistratura.

Aquí principian los trabajos encaminados á ordenar, á moralizar, á corregir los muchos defectos de organización, de denominación, y muy activamente, al cultivo de las inteligencias en la oficialidad.

Cierto que el progreso del Ejército está ligado con el progreso de todas las cosas, todos los ramos del saber humano; el adelanto es ineludible, esto es verdad; pero alcanzar, hoy, éxitos que por razón natural debieron ocurrir un año más tarde, ese es el problema resuelto por el señor General Díaz. Desde el Plan de Tuxtepec podemos notar las grandes medidas tomadas con tal fin, correspondiendo perfectamente á sus ideales de orden, moralidad y progreso, tres factores muy difíciles de obtener en aquella época de marcada falta de recursos auxiliada por nuestra idiosincracia, por el medio moral y las tendencias anárquicas de nuestro pueblo de aquel entonces.

Imposible seguir en las dimensiones de un artículo al Jefe de la Nación en su incesante ahinco para poner al Ejército en su estado actual: es por lo mismo necesario limitarse á tomar los hechos más culminantes cuya importancia es notoria por sus consecuencias.

Los Cuerpos en época anterior al actual gobierno, tuvieron denominaciones cuya variedad no podía ser más inconveniente. Se llamaron uno, "Primero del Distrito;" otro, "Cazadores de Galeana;" "Lanceros de Jalisco;" "Tiradores de Matamoros;" etc., etc., y no fueron pocas las ve-

ces en que resultaron dos batallones con el mismo número. El vestuario se construía bajo la dirección de cada Jefe de Corporación, á su capricho, y si bien alguno fué elegido con tino, teniendo en cuenta el personal, la estatura de éste y otros factores; en cambio hubo cuerpos en los que se escogieron modelos y colores que daba al conjunto un aspecto churrigueresco, impropio de la seriedad que debe distinguir al militar de todas las graduaciones.

El señor Presidente dió á cada una de las armas el número progresivo; expidió los reglamentos respectivos que determinaron las fracciones constituidas, correspondientes al Reglamento en uso entonces. Bien pronto se hizo con el vestuario lo que le dá el nombre de uniforme, esto es, se vistió igual á todos y se dió con ello un paso también importante, desde el punto de vista estético.

Más importante que esto fué sin duda el cambio de armamento; el de retrocarga produjo el fenómeno hermoso del entusiasmo en nuestros soldados; apareció con el pujante esfuerzo del General Díaz, el Remington, señalando el principio de su existencia en el país con la memorable jornada de San Mateo Sindigue.

Las grandes unidades de que el Ejército se compuso, se llamaron Divisiones; fueron cuatro; las constituían elementos de las tres armas y tenían como Jefe á un General de División. Cada uno de ellos (que es el puesto más alto en la gerarquía militar) estaba revestido de facultades casi omnímodas; al hablar de los cuerpos que integraban su fracción decían: "El Batallón," "El Regimiento," "La Artillería" de *mi* División. Este posesivo encerraba en su fondo el alarde de la propiedad ilimitada. Ocupaban grandes extensiones y veían á esos mismos cuerpos como cosa suya. Los subalternos por su parte, parecían no reconocer más Je-

fe Supremo que al de la División, olvidando ó queriendo olvidar la existencia de la Suprema Oficina de Guerra. Esto no está consignado en la Historia, me lo han referido testigos oculares, agregando: «¿No sería por esto por lo cual con alguna frecuencia se pronunciaban fácilmente en favor de tal ó cual partido una de esas unidades?» ¡Quien sabe!; pero lo que sí es una verdad, es que el señor General Díaz, con su gran pericia militar, buscando siempre corregir el mal, encontró prudente destruir esas divisiones y establecer las actuales Zonas Militares, de las cuales no forma parte un Batallón ó Regimiento sino durante el tiempo en que se halla en su jurisdicción. Las ventajas de este sistema fueron de tal manera provechosas, que la complicada máquina de la instrucción, equipo, armamento, atención, sostenimiento de treinta y tantos mil hombres, establecimientos constructores, planteles, etc., etc., parecieron caminar sobre rieles.

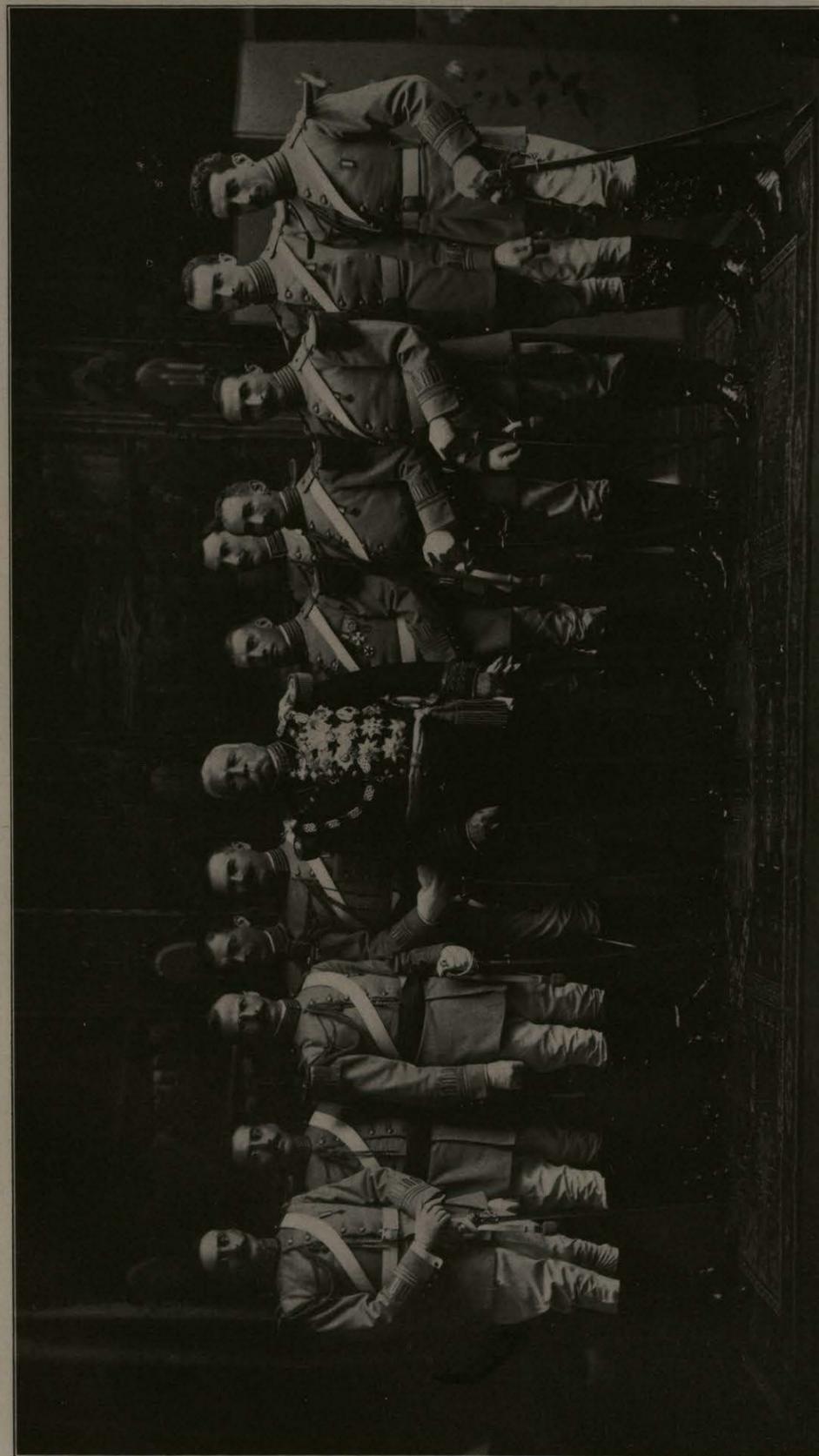
La Guardia Presidencial se compone de un Escuadrón reglamentario, igual á los que integran los Regimientos, esto es: de tres secciones, que á su vez se descomponen en dos Pelotones, cada Pelotón en dos Escuadras y estas las constituyen ocho hombres. Su personal es el siguiente: 1 Capitán 2º, 3 Tenientes, 3 Subtenientes, 1 Sargento 1º, 9 Sargentos 2os.; 12 Cabos, 12 Soldados de 1ª, tres Trompetas, 1 Mancebo, 3 Conductores y 64 soldados.

Este Escuadrón está mandado por un Capitán 1º. Su misión la indica su nombre. Por lo que á los Oficiales toca, son seleccionados de entre los de mejor instrucción, por sus conocimientos y otros factores que los hacen distinguir. Su uniforme fué motivo del estudio prolongado de una comisión especial y difiere por completo del que usan el resto de los Oficiales de los Cuerpos; en general, su equipo es superior.

La tropa para ser admitida, sufre un examen; debe tener instrucción primaria, alcanzar muy buena estatura, tener buen personal y dar una fianza.

El estado actual del Ejército está á una altura que ha dejado satisfecho á su protector, y motivado frases de encomio en Europa. La asidua enseñanza en los planteles superiores, ha dado un contingente que honra á México. El personal científico tiene en su seno inventores que modificaron ventajosamente el material de la Artillería; tenemos cañones y fusiles mexicanos que al ser estudiados en Europa por las celebridades en la materia, les han dado calurosos aplausos. La disciplina es completa; el armamento del mejor que hasta ahora se conoce. En las Escuelas están establecidas clases que derraman luz en los cerebros antes oscuros de nuestros Soldados y al salir del Cuartel, después de haber cumplido con el deber de todo ciudadano, lleva un contingente de instrucción que le facilita la lucha por la vida.

CAP. RODOLFO URDAPILLETA.



SR. GRAL. DON PORFIRIO DIAZ Y EL ESTADO MAYOR DE LA GUARDIA PRESIDENCIAL.

Viaje del señor Presidente de la República

## General D. Porfirio Díaz á Chihuahua.

Entrevista Díaz Taft. - - - Impresiones y reflexiones.

El 16 de octubre del presente año, sobre la línea divisoria que separa las dos grandes naciones de la América del Norte, ocurrió un suceso sin precedente en el pasado, de gran resonancia en el presente y de mucha significación para lo porvenir. Nunca, antes de esta época, un Presidente, americano ó mexicano, en el ejercicio de sus funciones, había cruzado la frontera y puesto el pie en el territorio de la nación vecina. Solía suceder que terminado el período presidencial, el ex-presidente visitara la República colindante en calidad de turista, de simple particular, como lo hizo el célebre Ulises S. Grant cuando nos visitó, ó el mismo Gral. don Porfirio Díaz cuando después de haber terminado su primer período constitucional, hizo un viaje á la vecina República.

El Gral. Santa-Anna, después de la sorpresa y derrota de San Jacinto, fué hecho prisionero y conducido á los Estados Unidos; D. Ignacio Comonfort y D. Sebastián Lerdo de Tejada, derribados del poder, se refugiaron en la gran República, ya temporalmente como lo hizo el primero, ya hasta el fin de sus días como ocurrió al segundo.

Mas nunca había sucedido que dos Presidentes, en el ejercicio de sus

funciones, en plena paz interior y exterior, en el auge de la prosperidad administrativa, impulsados por simpatía personal y admiración recíproca, y movidos por ese impulso característico de la civilización moderna, que tiende á unir á los pueblos, á multiplicar los vínculos que los enlazan, y á convertir las fronteras, de murallas artilladas que fueran antaño, en puentes y vías de comunicación que son ogaño, se encontrasen en la línea divisoria de las naciones que gobiernan, se hiciesen mutuas y corteses visitas, se estrechasen cordialmente la mano, se prodigasen á porfía muestras de atención y de afecto, y así, por modo afectuoso, simbolizaran la unión pacífica de las dos grandes razas que pueblan el mundo de Colón y se esfuerzan de consuno en hacer florecer en ese vasto y magnífico teatro los esplendores de la civilización.

Lo que tan excepcional acontecimiento significa para el porvenir, es de trascendencia suma y de consecuencias incalculables. En la nación mexicana tal suceso tenderá á disipar el penoso sentimiento de desconfianza que, como huella dolorosa de la mutilación sufrida por nuestra patria, después de la infausta guerra del 47, nos hacía ver en nuestros

vecinos del norte conquistadores ávidos y ogros insaciables que *quaerens quem devoret*, lanzaban miradas codiciosas sobre el territorio nacional.

La nación vecina, engreída en ocasiones con sus adelantos sin ejemplo, con su asombrosa prosperidad, con su sin igual potencia comercial é industrial, con su poder enorme y su influjo mundial cada vez mayor, solía ver, á lo menos con desdeñosa sonrisa, á sus pobres vecinos del sur, que en posesión de grandes riquezas naturales no habían tenido capacidad ni vigor para explotarlas.

El suceso que comentamos cambiará á no dudarle miraje tan desfavorable; cuando el jefe de la Unión Norte Americana ha colmado de atenciones y cortesías al Presidente Mexicano, tal acto, salvo lo que se debe á la admiración personal inspirada por el grande hombre de Estado que, con su firmeza y habilidad, ha sabido sacar á un pueblo del delirio fratricida que le aquejaba, significa también profunda simpatía por ese mismo pueblo, que ha podido levantarse y encaminarse á la grandeza cuando una voz sabia le ha marcado el derrotero y una mano diestra le ha encaminado por él. Nuestro pasado queda así explicado sin desdoro nuestro; si hasta hace treinta años el pueblo mexicano no había podido vivir en orden, si no le había sido dado lanzarse hacia la prosperidad por los senderos del trabajo, no era porque tal pueblo fuera ingobernable, como se decía desdeñosamente en Europa, cuando en la mente de Napoleón III se forjó la quimérica empresa de fundar en México un Imperio, sostenido por las armas extranjeras; sino porque en virtud de fatalidades históricas, de funestos atavismos, y de un cúmulo de circunstancias desfavorables, no había logrado ponerse al

frente de la nación un jefe que, á la par de patriota denodado y caudillo hábil y glorioso, poseyese las inestimables prendas que forman al hombre de Estado, y le dan capacidad para sacar á los pueblos de su letargo, y para redimir á las naciones del vergonzoso yugo de la pobreza.

Mundial será la trascendencia de la cordial entrevista celebrada entre los dos grandes Presidentes de dos grandes Repúblicas. La Europa que tiene fijadas sus miradas en los Estados Unidos, que la sorprenden con su grandiosa y próspera evolución, no podrá menos que convenir en que vale algo una nación á cuyo jefe tributa el gran Presidente americano vivas muestras de simpatía.

Bajo el azulado y purísimo cielo del otoño, dorado por los rayos deslumbradores de un sol espléndido, se desarrolló el espectáculo que contemplaron millares de ojos, que conmovió también á millares de corazones progresistas y amigos de la unión de los pueblos, y que fué aclamado por los entusiastas hurras de los norte-americanos á la par que por los vivas regocijados de los mexicanos.

Como digno preámbulo del significativo y cordial encuentro de los dos Presidentes, ocurrió otro suceso grande y placentero para la Nación: la visita del señor Presidente á la Capital del Estado de Chihuahua.

Hay pueblos predestinados en la Historia: A la ciudad de Minerva, á la sabia Atenas, tocó ser en la antigüedad clásica el foco radiante de la cultura helénica, y la población más selecta del siglo de Pericles. A la ciudad de Rómulo, fundada á orillas del *flavus* Tiber, designó el destino para ser la sede del mundo romano, para sobrevivir á la caída del mundo antiguo, y ser en la Edad Media, en el Renacimiento, y en los siglos siguientes, la capital del orbe

católico, y para ser también, desde 1870, la capital de Italia reconstruida y regenerada.

Nuestra historia ha consagrado ciertas poblaciones nuestras, reservándolas para especiales destinos; á Puebla ha cabido en suerte ser la ciudad de las defensas heroicas y en cuyas afueras se libren batallas gloriosas y decisivas; Oaxaca es notable en nuestros fastos como el lugar del nacimiento de los Presidentes más grandes de la República Mexicana.

Asimismo Chihuahua ha sido el teatro de sucesos culminantes en las fases más salientes de nuestra evolución histórica.

Durante la epopeya de nuestra independencia, el territorio chihuahuense fué regado con la sangre de los primeros mártires de nuestra libertad. Durante la inicua invasión de nuestro territorio por las tropas del tercer Napoleón, que abrigó el loco propósito de cambiar por la fuerza nuestra forma de gobierno, Chihuahua brindó un asilo generoso al ilustre Juárez, símbolo de nuestra libertad, y enseña de nuestra autonomía política. Igualmente, en el actual período de regeneración y prosperidad de la República, Chihuahua, fiel á su mandato histórico, debió ofrecer su territorio limítrofe para que en él se verificara la entrevista, y para que entre aplausos de dos grandes naciones, sus jefes se estrecharan cordialmente la mano. *Post nubila febus*, dijo el más galano de los poetas latinos. Después de la tempestad la calma, pudieron decir los mexicanos durante la visita presidencial; después del infortunio la ventura, después de la triste peregrinación, y el melancólico exilio del Presidente Juárez, el viaje triunfal de Porfirio Díaz.

El progresista y entusiasta Gobernador del Estado de Chihuahua, invitó al señor Presidente para que

antes de la entrevista se dignase honrar con su visita la capital de ese Estado, y admitiese la cariñosa hospitalidad de la población. La amistad con que me honra el egregio Gobernador de Chihuahua, me hizo figurar entre los invitados á tan significativas solemnidades, y me permitió asistir á ellas y experimentar las vivas impresiones y hacer las reflexiones que en desordenado tropel derramo en este escrito.

Si la entrevista Díaz-Taft fué un acontecimiento mundial, el viaje del Presidente mexicano á la frontera norte fué un acontecimiento nacional de la mayor importancia. El héroe del 2 de Abril, el pacificador de la República, el promovedor de la prosperidad nacional, caminó entre aplausos y entusiastas aclamaciones que durante un trayecto de quinientas leguas resonaron en sus oídos, y conmovieron gratamente su corazón heroico. Pudo convencerse del amor que le profesan sus conciudadanos, pudo convencerse también que los pueblos no siempre son injustos, y que suelen honrar en vida á los grandes hombres que les hacen bien. En cuantos centros poblados tocó el convoy, en su rápida marcha, los pobladores abandonaban en masa la población para apiñarse cerca del tren presidencial, para aclamar al hombre insigne que en los heroicos días de su juventud defendió con su espada victoriosa la patria y la libertad, y que en los serenos y magestuosos de su edad madura supo regir á la nación con sin par acierto y ser en ella el factor de la paz, el promovedor infatigable del adelanto.

El 13 de octubre, á las cinco de la tarde, de una tarde hermosa, serena y otoñal, la ciudad de Chihuahua, henchida de júbilo y regocijo, vestida de mil galas, adornada á porfía con las radiantes manifestaciones del entusiasmo, vibraba con delirante emoción y alegría, cuando al ba-

jar del tren presidencial posaba en su suelo la planta firme el jefe aclamado de la nación.

Los últimos treinta años no habían transcurrido en vano para la capital del Estado de Chihuahua. El influjo general de la paz que, como ángel bendito cierne sobre la República sus pródidas y miríficas alas, secundado felizmente por el esfuerzo y la inteligencia de los chihuahuenses, había determinado en el Estado todo y en su Capital un progreso tan considerable, que ambos se ostentaban grandes y dignos de recibir la visita de tan ilustre huésped.

Enorme era en verdad la diferencia que había entre la humilde y pobre villa de Chihuahua, que el año de 1865 ofreció albergue y refugio á la causa de la libertad y de la patria personificada en Juárez, y la ciudad floreciente, próspera y rica, que abría sus puertas con llaves de oro para recibir la visita de la causa de la paz y del engrandecimiento material encarnado en Porfirio Díaz.

Y las flores abrieron sus corolas, y los árboles agitaron cadenciosamente sus copas, y el cerro del Coronel pareció inclinar respetuosamente su calva frente, para saludar al excelso huésped que pisaba el suelo santificado por la sangre de Hidalgo, y que fué el refugio de Juárez. Y el aire henchido de perfumes, dorado por los rayos resplandecientes del sol, vibraba estrepitosamente á influjo de las aclamaciones y de los cariñosos vivas, y del alegre repicar de campanas jubilosas, entre las cuales se distinguía, ronca y cascada, la de la campana mayor de catedral, que lleva aún en su costado

de bronce la honda herida de cañón que recibiera el 25 de Marzo de 1866, día glorioso en que los hijos de la libertad, mandados por un chihuahuense ilustre, arrancaron á los secuaces del Imperio la ciudad de Chihuahua, y abrieron á Benito Juárez el camino de su regreso triunfal á la capital de la República.

Y en majestuosos y soberbios arcos triunfales representó Chihuahua los grandes progresos de su comercio, de su agricultura, de su industria, de su minería, y en una fiesta escolar incomparable, probó cuánto se preocupa por el porvenir, y cómo lo cifra en la educación de la niñez. El héroe de la patria al asistir á tal fiesta y al visitar la Escuela Modelo, se ha de haber sentido satisfecho y tranquilo en cuanto al porvenir de aquella parte interesante de la Nación; pues un pueblo cuyos hijos van á la escuela, producirá mañana hombres que vayan al taller y que por medio del trabajo y de la ilustración engrandezcan y magnifiquen la República.

Entre fiestas, aclamaciones incansantes y regocijo extraordinario, pasaron las horas breves de la visita presidencial. Chihuahua, aislada antes del resto de la República, y del mundo entero; Chihuahua, cuyo territorio había sido desolado antaño por los horrores de la guerra civil, y por las asoladoras excursiones del salvaje, había podido, después de conquistar la prosperidad, el engrandecimiento y la dicha, recibir dignamente la visita del ilustre hombre que tanta participación ha tenido y tiene en el engrandecimiento de la patria.

PORFIRIO PARRA.

## Las Consecuencias de la entrevista presidencial

Acaban de publicarse las memorias de un diplomático, gran conocedor de la política americana y de la nuestra, el Hon. John W. Foster, ex-Secretario de Estado y Ministro que fué de los Estados Unidos en nuestro país.

Al hablar de una agresión posible de los políticos que formaban el gabinete de Hayes, Mr. Foster se expresa así:

“Había otra prueba en ese sentido (en el de una posible invasión de México por las tropas americanas). En el mismo mes de Junio, y en los días en que celebré mi entrevista con el señor Vallarta, llegaron á México dos caballeros que me traían cartas del Secretario de Estado, Mr. Evarts. Uno de ellos era el señor Vallejo, un residente en California en la época de su anexión á los Estados Unidos, ciudadano mexicano, descendiente de españoles, propietario en aquel tiempo de grandes extensiones de tierras y prominente en la flamante historia de aquel Estado. Lo acompañaba su hijo político, el general norteamericano don Juan B. Frisbie, que era de finos modales, enérgico, pero de un temperamento visionario.

“Antes e venir á México, visitaron Washington y expusieron su plan ante Mr. Evarts y otras personas influyentes en los círculos administrativos, el cual consistía en ejercer una presión tal sobre México, que lo pusiera en la disyuntiva ó de aceptar el rompimiento de las hostilidades ó consentir en la venta de algunos Estados del Norte de la República. Y aseguraban que, como México estaba en muy mala situación económica, ántes que correr el peligro de una guerra con los Estados Unidos y su nulificación por el partido lerdista, el General Díaz aceptaría, mediante una suma considerable de dinero, la mutilación del territorio. Y que ellos con el conocimiento del idioma y del carácter mexicano, se acercarían á Díaz funcionando como de intermediarios, para convenir, extraoficialmente, en los términos de la compra, después de lo cual, se conducirían las negociaciones diplomáticas.

“Por extraño que parezca, esta combinación fué tomada tanto en consideración, que se les autorizó, aunque de una manera extraoficial, á acercarse á Díaz con ese objeto. No hubo nunca ni la más remota probabi-

lidad de éxito, pero de haber existido aun la más levesombra de él, la hubieran borrado con su propia conducta.

“Demasiadas personas estaban ya en el secreto en Washington; el señor Vallejo era un viejo indiscreto, y ambos, él y su yerno, estaban demasiado pagados de sí mismos con la importancia de su misión, para que ésta pudiera ser disimulada. Los corresponsales en Washington dieron en el secreto, y cuando los emisarios iban aún en camino, sus planes estaban ya publicados en el mundo entero. El gobierno mexicano negó indignado tener noticia del asunto, así como el poder tomar en consideración una proposición tan antipatriótica, y á los señores Vallejo y Frisbie no les quedó otro recurso, á su llegada á México, que el de negar y abandonar por completo su misión.”

Treinta y dos años después de los acontecimientos que detalla Mr. Foster, el Presidente de los Estados Unidos llega á territorio mexicano, recibe aquel con grandes agasajos en país americano al Presidente de México y por fin se despiden ambos jefes de pueblos colindantes en medio de la más grande y recíproca cordialidad.

Acontecimientos tan disímiles y realizados en tan corta diferencia de tiempo, merecen meditarlos con mayor detenimiento del que se consagra á los casos ordinarios de la vida.

Con su gracia ingénita decía Lord Chesterfield, que se necesitaban tres generaciones completas para producir un caballero, y Paul Bourget ha sostenido como tesis sociológica que el hijo de un labriego no puede convertirse en letrado, ni el de un molinero en actor, so pena de traer el desequilibrio de los individuos y de las razas. Si aplicáramos á México ese modo de razonar, ¿significaría acaso que habíamos salvado de un

salto la inmensa valla que divide una generación de otra, debido á nuestro inmenso poder constructor, ó querría decir que estábamos expuestos á volver atrás y que después de convertirnos en caballeros, teníamos que tornar al cabo á nuestras revoluciones, á nuestras azonadas, á nuestro viejo y continuo malestar?

El autor de estas líneas, que no se distingue precisamente por mirarlo todo con los anteojos del insigne doctor Pangloss, cree que sería errónea cualquiera de estas dos inferencias; ni hemos dado un salto, porque en la vida no se pasa sobre antecedentes y circunstancias imposibles de evadirse, ni menos nuestra situación resulta falsa ó capaz de desmoronarse ante cualquier obstáculo, porque es perfectamente sólida y responde á nuestra formación histórica.

Cuando el General Díaz se hizo cargo del Gobierno de México, la situación era más que tirante: era desesperada.

Acabábamos de salir de una guerra extranjera que había ahondado las divisiones entre los mexicanos y que había agotado todos nuestros recursos; dos ó tres guerras civiles habían comprobado á los eternos jermías que no teníamos remedio; nuestro crédito yacía por los suelos y nuestro nivel en el exterior se medía por la gentileza de aquel Ministro de Negocios Extranjeros que decía al Embajador americano, con una cita de Shakespeare al canto: “¿Qué hacen ustedes que no destruyen ese pueblecillo revoltoso? Necio sería el labrador que tolerara un montón de víboras (*bunch of snakes*) aglomerado á la puerta de su choza.”

Pero había en cambio un gran poder latente en nuestro ser, una alta y noble fuerza de expansión, de dirección y de arranque y un caudal de cultura castiza que no habían lo-

grado sofocar ni las guerras, ni las penurias, ni las desgracias. Sólo eran menester para redimirnos, una mano experta y audaz, una imaginación impregnada de realidad, un patriotismo sincero y una fé ciega en los destinos de México; apenas así se conseguiría realizar la obra maravillosa.

El General Díaz aceptó el papel que le deparaba el destino, haciendo algo más que los anticuarios que descubren ciudades sepultadas por el aluvión de los siglos; recoger los restos del naufragio, y con tablas dispersas, con velas destrozadas, con remos rotos y con quillas medio podridas, reconstruir no la vieja nao que había naufragado tras medio siglo de embate y de tormentas, sino el gallardo buquecillo que causa asombro ahora á todos los que saben su origen y que conocen cuán diestramente se ha unido el material antiguo al reciente, que ha sabido el constructor reunir con habilidad y tino admirables.

Y el material moderno lo forman todas las escuelas de donde salen los niños con el ánimo de trabajar por hacer grande á la patria, los colegios en que los mayores adquieren nociones de cultura, los talleres en que viven los obreros glorificando al trabajo y á la vida honrada, los laboratorios en que los sabios estudian y analizan y los bufetes en que los políticos aquilatan y comprenden la vida nacional.

\* \* \*

Desde los primeros actos de su gobierno, el General Díaz hizo patente su deseo de llevar á la práctica las instituciones en la parte que concierne al derecho que tienen todos los hombres para habitar el territorio de la República y entrar y salir de él libremente.

El General Díaz creyó firmemente que no podía pensarse en la creación de la riqueza pública y privada,

ni en el mejoramiento de la condición social de los individuos, ni siquiera en tener paz y seguridad, sin contar con vías de comunicación rápidas y seguras, con instrucción pública bien pagada y sobre todo con una población considerable que aportara personas y capitales. El General Díaz comprendió, antes que nadie, la verdad del aforismo de un gran hombre de estado latino, que *gobernar es poblar*; pero también se dió cuenta de otro axioma indudable, que *gobernar es pagar*.

Empezó, pues, por declarar que México pagaba lo que debía, en seguida llamó á los capitalistas extranjeros y acabó por atraer á las gentes.

En países que no estuvieran tan trabajados como el nuestro, la labor del Presidente habría sido sencilla, porque habría contado con el consenso popular; pero en México, donde todavía quedaban frescas las heridas que había causado la guerra del 48, pareció temerario ensayar el sistema de libre penetración extranjera. Quizás viniera en los Estados Unidos un Presidente intemperante á lo Jackson ó calculador á lo Polk, y echara abajo la obra empezada trayéndonos otra guerra más.

El General Díaz no retrocedió; contando con el alto sentido de equidad y justicia de que siempre ha dado inequívocas muestras el pueblo mexicano, y que, hay que decirlo muy alto, nos ha acompañado siempre, aún en medio de nuestras mayores desgracias, el Gobierno no sólo permitió el establecimiento del capital americano, sino que lo alentó en su inmigración.

El Gobierno sabía bien que nuestra formación histórica estaba terminada: (que los pueblos como las montañas eternas, tienen también su período de formación) sabía que nuestra locación física y nuestra situación étnica nos permitían proclamarnos un conjunto aparte en un to-

do de los americanos del norte, que tanto difieren de nosotros por su índole y sus antecedentes, y de los americanos del centro y del sur, de quienes tan separados estamos por circunstancias topográficas. Sabía, en fin, que existía el pueblo mexicano, y á ese pueblo le encomendó la magna tarea de enriquecerse y de cuidar su independencia.

El Gobierno (y al decir el Gobierno, digo el General Díaz que lo personaliza y representa) consideró que nuestro papel debía limitarse durante un buen número de años á vender bien nuestra plata, á regar nuestras tierras, á obtener pingües cosechas de ellas y á reunir el capital que nos permitiera instruir á nuestros hijos, educarlos, defender la paz en el interior y nuestra autonomía en el exterior. El período épico, el de las guerras y el de las batallas había terminado; sucedíalo el de la paz y el de la tranquilidad, que debía haber sido el prólogo de nuestra vida. Ya no necesitábamos de un Tirteo que nos lanzara al combate al son de tubas resonantes; habíamos menester de un Virgilio que cantara las Geórgicas humildes; las de los bueyes que tornan al trabajo, las de los carneros que retozan en el prado, las de las abejas laboriosas que poco á poco producen miel, aún sacándola de las flores más ingratas.

Pero nuestra riqueza era extraña, clamaban los descontentos, puesto que el capital que la producía era extranjero. Verdad que así acontecía; pero el creador del México moderno no ignoraba que la fórmula del Tajo, que arrastra arenas de oro, no podía ser un mito sino un símbolo; el oro pasa siempre dejando rastro bienhechor, riqueza que produce riqueza, riqueza que produce bienestar, riqueza que produce holgura, y que produce, en fin, algo duradero y firme, que si se sabe cuidar, traerá á la larga frutos de di-

cha, en forma de moralidad, de instrucción y de mejoramiento común.

Nadie ha seguido nuestro desarrollo con ojos más atentos que el Gobierno americano; la cercanía de los territorios, la identidad de las instituciones, americanas y mexicanas, y el capital que los ciudadanos de los Estados Unidos tenían empleado en México lo preocupaban merecidamente.

A poco andar se convenció de que de nuestra parte sólo había deseo de prestar eficaz ayuda á todos los hombres dispuestos á trabajar sirviendo á México, aunque sólo fuera de manera indirecta.

Los Presidentes McKinley y Roosevelt manifestaron deseos de saludar al señor General Díaz en territorio mexicano si es que él no pasaba á verlos al americano. El Presidente Taft insistió en esa idea, y mucho antes de cumplir el primer año de su administración, nuestro hábil Embajador en Washington pactaba los términos de una entrevista que distaba en un todo de las que celebran los soberanos extranjeros, pues no tenía por objeto celebrar alianzas, ni aumentar ó disminuir armamentos, sino solamente saludarse, con cordiales apretones de manos, dos amigos que poseen intereses y personas de los territorios que gobiernan.

El General Díaz se presentó en esa ocasión en toda la plenitud de su fuerza física, con todo el vigor de sus años de mozo, llevando á su lado á algunos de sus colaboradores más notables y seguido del prestigio que le dá el haber llevado á cabo una obra colosal y sin precedente en América.

Parecía como si en esa ocasión excepcional, á la cual había precedido una demostración extraordinaria en el camino de México á El Paso, el General Díaz hubiera alcanzado el zenit de su gloria, como si la alqui-

mia en que está vaciada su naturaleza, se hubiera ennoblecido quedando libre de la escoria de la inexperiencia y de los fracasos de la juventud; parecía, en fin, como que crecía en estatura física porque lo acompañaba el genio de la Patria, cuya representación llevaba á país extraño.

La entrevista presidencial ha confirmado lo que ya se sabía, esto es, que México tiene una individualidad propia, que está en pleno desarrollo económico, que no apetece acrecimientos territoriales ni desea mezclarse en cuestiones ajenas, como no sea para manifestar su buena voluntad y su recta intención en favor de todas las comunidades que llevan vida pacífica y organizada, y que, por último, ha bastado el esfuerzo de un hombre, para renovar energías que estaban dormidas, para divertir otras en sentido útil y conve-

niente y sobre todo para demostrar que ya son imposibles empresas como la que relata Mr. Foster, porque ya no tenemos revoluciones ni amagos de ellas y sí poseemos grandes intereses nacionales que las impedirán si por acaso algún malvado las intenta.

Carnegie dice que los grandes poetas son los estadistas, los negociantes, los creadores de riqueza, los formadores de pueblos, *the men who does things*.

El General Díaz debe ser de una gran imaginación creadora; pero de seguro que no pudo imaginarse nunca llegar á ser un factor histórico tan importante como lo ha sido por la fuerza de su ideal, pues obras así sólo se realizan metiendo con decisión y hasta el pomo la espada del ensueño en las entrañas de la realidad viva y clara y siendo á un tiempo práctico é idealista.

V. SALADO ÁLVAREZ.

